



DON FELIX PARRA.

I

GRANDES son los obstáculos que en nuestro país tienen que vencer los jóvenes que se dedican á la carrera de las bellas artes. Sin estímulos, sin elementos para emprender sérios estudios, sin aquel apoyo moral de la sociedad que en ocasiones podría suplir á los de otro género, los que aquí se sienten con vocacion para el cultivo de la pintura, ven transcurrir los mejores años de su vida en medio del desden y de la indiferencia de todos. Necesítase un vivo y crecido amor al arte para perseverar en las aficiones que á él se tienen, pues ni provecho ni gloria se conquistan en México con aquella carrera. Hé aquí por qué son dignos de elogio, y merecen la simpatía de las personas sensatas, los que luchando con escaseces y careciendo de la necesaria asistencia, emprenden y siguen con fé la fatigosa senda de los estudios artísticos. Y dignos son tambien de la gratitud y admiracion de sus compatriotas, los

que merced á sus esfuerzos y á su constancia logran alcanzar un lugar eminente, dando así gloria y honra al país que los vio nacer.

Pertenece al número de estos celosos y entusiastas cultivadores del arte, el jóven pintor D. Félix Parra, aprovechadísimo alumno de nuestra Academia Nacional de San Carlos, autor de varias notables composiciones, y artista que con su talento y sobresalientes dotes está llamado á figurar dignamente al lado de los Pina, los Rebull, los Sagredo y tantos otros que han dado lustre á aquel Establecimiento.

II

Vió la primera luz el Sr. Parra en la ciudad de Morelia, el 17 de Noviembre de 1845, hijo de D. Mariano Ramon Parra y Doña Juliana Hernández. En las escuelas y colegios donde cursó los ramos de instruccion primaria, empezó á dar señales de su afición al arte, valiéndose, para hacer sus primeros ensayos de pintura, del jugo de las flores que por sí mismo extraía y preparaba.

En 1861 ingresó al Colegio de San Nicolás de aquella capital, y allí dió principio á sus estudios de dibujo bajo la direccion del pintor D. Octaviano Herrera, continuándolos despues, los años de 1862 y 1863, con la de los Sres. D. Ramon Anzorrena y D. Job Carrillo. En 1864 vino á esta capital, y desde luego pasó á inscribirse como alumno de la Academia de San Carlos. Aquí, entregado á estudios superiores, disfru-

tando de medios que no podía haber en Morelia, y recibiendo las lecciones de hábiles y entendidos maestros, el jóven Parra sintió crecer su afición y amor al arte, los cuales hallaban un poderoso incentivo en las galerías de excelentes cuadros pertenecientes al Establecimiento que él contemplaba sin cesar.

Despues de haber perfeccionado los estudios de dibujo hechos en su ciudad natal, y emprendido otros, que se juzgaron necesarios por el catedrático del ramo, D. Juan Urruchi, pasó el Sr. Parra, el año de 1865, á la clase de pintura que tenía á su cargo el célebre é inolvidable maestro Pelegrin Clavé, de memoria grata entre nosotros. En dicha cátedra permaneció nuestro jóven dos años, esto es, hasta el de 1867 en que terminó los primeros cursos sérios de pintura; y en 1868 pasó á estudiar el natural, sirviéndole de director el reputado y modesto artista D. Santiago Rebull.

En 1869, época en que comenzó á dirigir la clase de pintura el Sr. D. José Salomé Pina, continuó el Sr. Parra sus estudios de aquel ramo, dando pruebas todos los días de un sólido y extraordinario aprovechamiento, fruto natural de la asiduidad con que trabajaba. Dos años despues, en 1871, dió principio á sus labores de composicion, ejecutando la primera obra original que presentó en Diciembre de aquel mismo año en la Exposicion de la Academia, y la cual no anunciaba ciertamente al futuro autor del "Galileo" y de otros cuadros que señalaré despues. Titulábase la mencionada composicion "El cazador;" y en ella, por su índole y condi-

ciones especiales, no tenía el artista campo suficiente donde ejercitar sus dotes, pues como primer ensayo de composición, correspondiente al año escolar, solo debía contener una figura, y ésta debía de ser al desnudo.

Increíble parece que entre las obras del Sr. Parra se cuente en segundo lugar, por el orden cronológico, un cuadro tan excelente y acabado como el que representa á "Galileo en la Escuela de Padua demostrando las nuevas teorías astronómicas," porque los admirables adelantos que él revela no parecen haber sido alcanzados en el corto tiempo transcurrido desde que presentó su primera composición. En esta, preciso es decirlo, apenas dió señales de sus dotes artísticas; mientras que en la segunda apareció ya como un verdadero maestro, conocedor de los secretos del colorido, de fino y delicado gusto, de pulso firme y seguro, que sabía dar á las figuras que trazaba la actitud natural, verdadera y adecuada á las pasiones ó sentimientos que debían representar.

Cuando en 1873 fué presentada al público la excelente obra del Sr. Parra en la Exposición de pinturas verificada ese año, la sorpresa y el júbilo se mezclaron en el ánimo de cuantos la contemplaron. Un aventajado artista, de talento, de sólidos estudios, y en quien no se encontraban las exajeraciones ni los defectos propios y aun naturales en los principiantes; un artista cuya primera obra le aseguraba de una vez y para siempre envidiable reputación, acababa de aparecer en el cielo del arte de México, escaso por desgracia de relucientes astros, no obstante

que en él brillan con indecible esplendor los Juárez, Cabrera, Ibarra y otros.

Este cuadro, en efecto, revela una inspiración feliz y vigorosa, un estudio detenido de las líneas, de los efectos de luz, del colorido, lleno de esmalte y de brillante entonación; y se observa también en él una notable corrección en el dibujo, suma exactitud en los detalles, un conocimiento profundo en el claro-oscuro. La manera de plegar los paños es elegante y de una propiedad intachable. Galileo, sentado con la reposada majestad de la ciencia, tiene en una mano el compás de proporción con el cual indica sobre una esfera celeste (armilar) la posición de los astros, y el fundamento de las teorías astronómicas de Copérnico; y son de ver la expresión de su mirada serena y profunda, cual corresponde al infatigable investigador de la naturaleza y al filósofo que se entrega á las más hondas meditaciones sobre el método científico: en aquellos ojos parece brillar una antigua é inquebrantable convicción. En la figura del fraile hay que elogiar la demacración del rostro, resultado natural de las prolongadas vigiliias y de las crudas mortificaciones. La atención con que oye al gran astrónomo, y el interés que le inspiran sus teorías, están indicados con haberle puesto de pié el artista, sin que esto quiera significar, como han querido suponerlo algunos maliciosos, que la Religión debe estar sumisa á la ciencia.

Por lo demás, el cuadro contiene detalles delicados que avaloran y completan el asunto; los cuales, sin distraer la atención del observador,

realzan el mérito de la obra y contribuyen á la armonía total.

III

Después de *Galileo*, fruto magnífico del ingenio del Sr. Parra, presentó éste á la admiración de los amantes del arte, su gran cuadro "Fray Bartolomé de las Casas," en el cual trató un asunto que despierta la más viva y singular emoción. El incansable y heroico defensor de la raza indígena; el celoso apóstol que predicaba por todas partes con fervoroso entusiasmo la moral evangélica, sin que le detuvieran jamás temores ni amenazas, hállase en el recinto de un templo destruido donde acaba de ser inmolado un padre de familia, que había ido á depositar unas flores sobre la tumba de sus antepasados. La abandonada esposa se acoge llena de esperanza á la protección del dulce y manso sacerdote, que con solícitas diligencias procuró mitigar siempre los sufrimientos de los conquistados.

Sabidos son de todos la ardiente y viva caridad, la infatigable constancia, el tierno amor á la clase indígena, que caracterizaron de particular manera al primer Obispo de Chiapas. Conolido de las amarguras y dolores que cayeron sobre aquella, cuando la avaricia de algunos conquistadores quiso convertir á los naturales de la tierra en dóciles instrumentos de trabajo, él los consolaba y dirigía, les hablaba el dulce lenguaje del cristianismo, y derramaba sobre sus

heridas el suave y maravilloso bálsamo de la más dulce resignación.

De aquí que cualquier episodio de la vida del Sr. Las Casas ofrezca dificultades espinosas para el artista que quiera presentarlo en sus cuadros; pues aquella actividad, aquel ánimo fogoso que muchas veces lo condujo á serios conflictos, no ménos que sus firmes propósitos de sacrificarse por el bien de los indios, tienen que formar extraño contraste con los sentimientos de la dulzura y de piedad que para éstos abrigaba en su corazón.

Mas, el Sr. Parra, sea dicho en honor suyo, supo salir airoso de las dificultades que ofrecía el asunto escogido para su cuadro. En él brillan las mismas excelencias de propiedad, entonación, corrección en el dibujo y plegado de los paños que ya observamos en el *Galileo*, siendo notable además esta tercera obra del Sr. Parra, por la unción y la apacible mansedumbre de que está lleno el semblante de Fr. Bartolomé. La figura del indio muerto es un buen estudio del desnudo, y está representado en un escorzo difícil, pero que fué felizmente ejecutado. La india produce en el ánimo del espectador suave simpatía; despierta honda conmiseración por la raza conquistada, y su actitud humilde revela con propiedad los sentimientos que en aquellos instantes deben embargarla: aunque tiene oculto el rostro, compréndese luego que es un tipo acabado de belleza azteca. Es una escena de lástima, á la cual conviene la entonación que le dió el artista, algo fría y cenicienta, que impresiona el

alma, pero que pone como de relieve la caridad intensa y viva de la figura principal. Hay en todo el cuadro cierta atmósfera de tristeza que se comunica al que lo contempla; la espontaneidad es propia de un maestro, las telas y el fondo están perfectamente caracterizados, y los objetos todos y los pormenores de la escena completan admirablemente el conjunto.

Entusiastas y merecidos elogios conquistó el Sr. Parra con su nueva obra, y refiérese que el Presidente Lerdo de Tejada, cuando visitó la Exposición en que fué presentada, dirigió al autor estas palabras, en medio de la más lisonjera y honrosa felicitación:

—“Irá vd. á Europa á perfeccionar sus estudios, en justo premio de sus adelantos y de sus afanes.”

Desgraciadamente esta promesa del Sr. Lerdo no se pudo realizar, pues los acontecimientos políticos lo separaron poco despues del alto puesto que ocupaba.

Al cuadro de “Fray Bartolomé de las Casas,” siguió el de “Una escena de la Conquista,” exhibido en la Exposición de 1877. Hé aquí lo que de esta obra decía un sensato crítico mexicano:

“Un jefe español que entra en un templo azteca, y que, despues de matar á sus moradores, se apropia lo que poseían. . . . A pesar de la dificultad de agrupar un gran número de figuras, el artista ha sabido salir airoso en la composición. Esta escena respira devastación y sangre. Causa indignación y terror el verla solamente. Esa india moribunda, que, arrojando

una mirada llena de odio y de miedo al mismo tiempo al español, tiende sus manos para recoger á su hijo muerto, es sublime, de gran sentimiento y de verdad. La figura y los ademanes del conquistador están llenos de arrogancia, y en perfecto carácter con el resto del cuadro. La perspectiva es soberbia, y admirablemente comprendida; el dibujo sumamente correcto, y cada figura es un verdadero estudio del natural. Aquellas carnes del indio cuyo cadáver yace al pié del guerrero español, palpitan aún de dolor por las heridas recibidas. El colorido es, por desgracia, débil, y esta circunstancia hace que el cuadro pierda su vida y animación.”

Tal fué uno de los mejores cuadros de la Exposición de aquel año, y el último que ejecutó el Sr. Parra por entónces, pues en Enero de 1878 partió para Europa, con el fin de perfeccionar sus estudios, y contemplar los modelos clásicos. Este viaje lo emprendió el jóven artista por indicación y á expensas del ilustrado Director de la Academia Sr. D. Roman de Lascurain, quien conociendo las notable aptitudes de tan aventajado alumno, le cedió gustoso parte de su sueldo, para que pudiera ir á recibir las lecciones de maestros europeos, y recojer los provechosos frutos que se obtienen con el exámen de los ricos museos del viejo mundo.

IV

Merced á aquel rasgo de generoso desprendimiento del Sr. Lascurain, por desgracia nada

común entre nosotros, pudo el Sr. Parra permanecer en Europa cerca de cinco años, en cuyo tiempo es de creer haya alcanzado sólidos y positivos adelantos. Las obras que remitió de París y que fueron colocadas en las salas de la Academia durante la pasada Exposición, más que verdaderos cuadros, merecen llamarse bocetos y estudios del natural, notables por cierta novedad que en ellos se advierte y por la limpieza del dibujo y la verdad del colorido. Adviértese en esas composiciones un cambio de escuela muy marcado, que es prueba segura de los prolongados estudios y serias meditaciones á que el Sr. Parra estuvo entregado durante su ausencia.

A su llegada á México, en Diciembre del año último, (1) fué nombrado catedrático de dibujo de ornato y decoracion en la Academia de San Carlos; y así en ese puesto, como en otros á que más tarde lo llamen sus méritos, no es dudoso que sabrá contribuir debidamente al florecimiento del arte entre nosotros. Su juventud, su instruccion y talento; la laboriosidad de que ha dado pruebas y el exquisito gusto que caracteriza todas sus obras, le anuncian en nuestra patria sólida y duradera gloria.

[1] Esto se escribía en 1832.



DON MANUEL JOSE OTHON.

(Prólogo á la Coleccion
de sus *Poesias* publica-
das en 1880.)

I

HACE todavía pocos años, cuando la ausencia del hogar propio, las tristezas de una vida solitaria y aislada, y los afanes laboriosos de las aulas nos traían abatidos é inquietos,—varios estudiantes de medicina y de derecho, conocedores de nuestra situacion, nos reunimos en fraternal amistad para vivir y trabajar bajo un mismo techo, y formar, en cierto modo, una sola familia que fuese como la sombra ó el remedo de la que cada uno había dejado en su pueblo. Limitamos para esto nuestra libertad en aras del bien comun; ajustamos nuestras costumbres á determinadas reglas y método, con el fin de alcanzar ciertas comodidades que no podríamos haber tenido viviendo separados; é hicimos, por último, comunes nuestras alegrías y nuestras

penurias de estudiantes. Nuestra existencia, así, fué ménos triste, ménos amargas las horas de soledad y de fastidio, y más llevaderas las penas y zozobras que nunca faltan á los que viven fuera del seno de su familia.—Un rato de franca y amistosa conversacion nos distraía agradablemente despues de estar largo tiempo sobre los libros; pues con frecuencia sucede que el espíritu, cansado y fatigado de tareas superiores, se deleita en aquellas sencillas frivolidades, en aquellas íntimas y sabrosas expansiones que son el encanto de una conversacion entre jóvenes. Hablábamos de todo; nos comunicábamos nuestros proyectos y esperanzas para el porvenir; se referían anécdotas, episodios, chascarrillos; se comentaban los sucesos del día, y hacíamos, en suma, cuanto podía apartarnos de los tristes recuerdos del pasado y del solitario aislamiento del presente.

Muchos de aquellos amigos míos eran nativos de San Luis Potosí, y en sus conversaciones hablaban siempre, como era natural, de su país y de sus amigos de allá, de sus usos y costumbres, de los paseos, comodidades y regalos que habían dejado, para venir á buscar aquí los vneros de la ciencia, y á conquistar un título que fuera honor suyo y de sus familias.—Yo escuchaba con interés estas conversaciones, y me agradaba provocarlas; porque es natural que cause novedad lo que uno no conoce; y tanto se repitió esto, tan vivas y minuciosas eran las descripciones que yo oía de lugares, hechos y personas de San Luis, que al poco tiempo me había formado idea de todo, y casi nada me era

desconocido. Y entónces nació en mí cierto cariño á aquel Estado, señaladamente á su capital, cuyos habitantes me parecieron amables ilustrados y laboriosos. Más tarde he tenido repetidas oportunidades de ver que no me engañaba.

En mis conversaciones con los estudiantes, potosinos, supe que había en San Luis un grupo de jóvenes amigos de las letras, y que entre ellos figuraba notablemente por su ardiente afición y entusiasmo, D. Manuel José Othon, cursante de leyes en el Instituto Literario. Me dijeron que su gusto por la literatura, su carácter expansivo y abierto, su amor á los libros y á los escritores, de tal manera le dominaban, que sin abandonar por ello los estudios jurídicos, vivía siempre leyendo, escribiendo, haciendo versos y conversando sobre asuntos de crítica ó de historia; que estaba al tanto del movimiento literario de la capital y de los progresos que en este ramo se alcanzaban; que no le eran desconocidas las obras más notables y más modernas de los grandes literatos, así nacionales como extranjeros, y que su placer favorito, en fin, su única ambición, era vagar con libertad por el ameno y florido huerto de la poesía. El sostenía, además, en compañía de jóvenes inteligentes como Colunga y Dávalos (J), el fuego sagrado de las letras en San Luis, ora fundando y redactando periódicos, ora leyendo poesías en fiestas ó reuniones.—Estas noticias hicieron que el Sr. Othon apareciera á mis ojos como una risueña esperanza para nuestra literatura, y que viera yo en él á un escritor y á un poeta

que con el tiempo podría distinguirse en México. ¿Y no es interesante, por otra parte, un joven modesto, inteligente y estudioso, que apartado del centro de la ilustración de un pueblo, sin los elementos que aquí tenemos, acaso sin estímulos, y condenado á ver solo de lejos el teatro en que por su talento podría figurar; no es interesante y digno de estimación un joven que así cultiva, lleno de fé y de entusiasmo, la literatura y la poesía, leyendo para ilustrarse y formar su gusto, y escribiendo diversas composiciones?—Sí que lo es, y mucho; y no de otra manera comenzaron su carrera de triunfos algunos de los que hoy son gloria y ornamento de la literatura española.

¡Los poetas de provincia! Selgas, Alarcón, López de Ayala, Cánovas del Castillo, y cien más, lo fueron; y ántes de que sus nombres resonaran en la capital de la Península, ya ellos habían hecho oír en sus pueblos tiernos y sentidos acentos, los primeros que salieron de sus lirás de poetas. Jóvenes nacidos en la oscuridad de una aldea ó de una ciudad antigua y olvidada; criados en los campos, en las régias pompas de la naturaleza; alimentando allí su mente y su corazón de ilusiones y de esperanzas generosas; dotados de una alma ardiente y soñadora, de una imaginación viva, de un ingenio lozano y vigoroso,—devoran los libros que llegan á sus manos, leen idilios y poemas, dramas y novelas, y comienzan á comprender que hay otro mundo más allá del límite de sus montañas y de sus valles, donde todo es bello y halagador, y el alma puede satisfacer la sed

misteriosa que le aqueja, los desconocidos añhelos que le arrebatan su plácida quietud. Sienten en el fondo de su corazón algo vago é indefinible que quiere salir de ellos, y arrebatados de entusiasmo, impulsados por un secreto poder, se desahogan en la soledad y el silencio de los campos paternales, escribiendo tiradas de versos, malos é incorrectos si se quiere, pero espontáneos todos, inspirados y sentidos. Quiéren luego público, aplausos, un teatro más vasto y despejado don le ejercita sus dotes y adquirir honrosamente los laureles de la gloria; saben que allí encontrarán estímulos, que su inteligencia podrá nutrirse de sólida enseñanza, su gusto formarse y afinarse, su ingenio y su pluma enriquecerse de fuerzas y brío, frecuentando libremente los grandes maestros de la inspiración y del lenguaje; piensan, en fin, que allí hay hombres inteligentes y despreñidos que conceden apoyo al talento y recompensa al trabajo, y que pueden juzgar y conceder hermoso lauro á quien de él sea digno. Mas, ¡cuán pocos de estos soñadores consiguen volar desde su nido á ese mundo de risuñas ilusiones! ¡Cuántos quedan olvidados, oscurecidos, sin ánimo ni aliento para seguir esperando! No todos encuentran, como Selgas, un Conde de San Luis que los saque de su pueblo para ir á figurar al lado de las grandes notabilidades literarias de la época, ni todos se atreven á dejar la casa de sus padres, como Alarcón dejó á Guadix, para trasladarse á Madrid en busca de gloria y de fortuna en las letras; solo, desamparado, desconocido, en medio de las luchas del periodismo,

llevando una vida errante y azarosa, teniendo amarguras y soledades como aquellas que sentida y magistralmente describió en su artículo *La noche-buena del poeta*. . . .

Ahora bien; el Sr. Othon no ha abandonado el patrio suelo, la ciudad de San Luis; y sin soñar acaso, porque es mucha su modestia, con los triunfos literarios que se alcanzan en las grandes capitales, ha podido leer y escribir sosegadamente, y creo, por lo mismo, que no necesita más para conquistarse un buen lugar y una buena reputación en la literatura mexicana. Allá en San Luis ha conocido las reglas y los preceptos, ha leído los mejores autores, ha educado su gusto, y siguiendo sus inspiraciones propias, ha escrito esta colección de versos, que sin duda puede y debe considerarse como magnífica promesa de lo que es capaz de escribir más tarde. Tiene entusiasmo, es inteligente y modesto, revela ser estudioso y dedicado; y esto basta para que alcance positivos y sólidos progresos en la composición literaria.

II

Viniendo ya al exámen de las *Poemas* contenidas en este tomo, diré desde luego que me parecen buenas, y dignas muchas de ellas de un talento inspirado y de una imaginación sana y ardorosa.—La colección, en general, respira sentimiento y melancolía, natural ésta última en quien ha perdido á su madre y dedica la primera página de su libro á su triste y tierno

recuerdo; no hay allí nada que parezca fingido ó falso, exagerado ni exótico: ántes se ve que todo ha nacido espontáneamente del corazón en sus horas de pesadumbre ó de desmayo. La elegía *A mi madre* expresa con la sencilla elocuencia del dolor la honda pena del hijo que queda sólo en el mundo, sin el amante pecho que era su abrigo y su consuelo. Bien hizo el Sr. Othon en dedicar á estos nobles sentimientos de su alma los más suaves y delicados acenos de su lira, los cuales no solo le honran, sino que le conquistan la simpatía de quienes saben sentir.

El amor es también objeto de algunos cantos en el presente libro, pero no el amor frívolo y enfadoso que algunos poetas suelen convertir en eterno tema de sus versos. El Sr. Othon registra pocas composiciones eróticas en éstas páginas, y son todas sencillas, delicadas, sentidas; verdaderas violetas del jardín que sueña su alma, así por su modestia como por el exquisito perfume de que están llenas. El amor tímido y callado, inspirado más por las virtudes y el candor, que por la hermosura de la mujer, los anhelos de un corazón apasionado y afectuoso que sueña con las venturas del hogar; las vagas inquietudes del que espera, la fe del que ama, los ensueños, los delirios, las zozobras que el recuerdo de la mujer querida trae al alma del poeta: hé aquí lo que se esconde en los versos amorosos del Sr. Othon. Léase su bella composición *Ideal*, y se verá una verdad en cada verso; porque así sienten y así aman, en efecto, los corazones de veinte años. Léase también *Mi*

virgen, Ella (traducción de Byron), *Noches de Junio* (traducción de Víctor Hugo), *Jamás, A Esther, Duerme y Ausencia*, (cantares). y en todas se encontrarán blandas afecciones, gratas imágenes, dulces y amorosas ternuras, —reflejo fiel de los sentimientos del poeta potosino.

En cuanto á las *Odas*, siendo este género de composición de un difícil desempeño, porque requiere gran brío de imaginación, imágenes severas y pomposas, tono grandilocuente, y un lenguaje sonoro y digno, ya se deja entender que quien las escribe tiene que vencer diferentes y serios obstáculos: hay que cuidar, sobre todo, de que los pensamientos sean elevados, y hasta sublimes, si es posible.—El Sr. Othon ha escrito algunas odas, y la verdad es que en diversos pasajes estuvo muy feliz: agradan, por ejemplo, la que dedicó á Cristóbal Colon, aquel *visionario* inmortal que nunca se borrará de la memoria de los hombres, y las dos *A la juventud del Instituto*. Las octavas *Al 15 de Setiembre*, canto patriótico verdaderamente inspirado, causan entusiasta y ardiente emoción por sus generosos acentos, su noble intención, y la gratitud y el aliento que respiran.

Dice el Sr. Othon:

No saldrá de mi boca, patria mía,
Una sola de aquellas maldiciones
Que puso en nuestras almas algún día
El hervor infernal de las pasiones.

.....
Para cantar tus glorias, patria mía,
Es fuerza bendecir á la matrona

Que te enseñó la luz de un nuevo día
Y te dió por corona su corona.
Eres grande, eres noble y eres pia;
Tu gratitud sus yerros le perdona,
Que ella te dió por celestial herencia
Su religion, su amor y su conciencia.

El Sr. Othon merece felicitaciones por los sentimientos que revela en estos versos, pues tiempo era ya de que jóvenes inteligentes é ilustrados como él, se apartaran de aquel camino de ódios y de preocupaciones contra España, sembrados de zarzas y de espinas, que vino á timpiar del todo el magnánimo é inolvidable D. Anselmo de la Portilla.

Antes de concluir esta parte, no dejaré de recomendar al lector la composición intitulada *¡Patria!* Es, en mi sentir, una de las mejores de la colección, por las ideas que en ella campean, la gallardía de la dicción y las consideraciones filosóficas de que está llena.—Este es un género poco cultivado en México, y para el cual se descubren en el Sr. Othon excelentes dotes. La poesía de pensamiento es de las que más honran una literatura.

Las *Leyendas y Poemas* que ha coleccionado en su libro el Sr. Othon, son de grata y amena lectura, si bien es de sentirse que en algunas falte cierto interés dramático, ó éste no esté bien sostenido hasta el fin; pero, en general, la ternura de sentimientos y las bellas descripciones, así como las hermosas figuras que presenta, compensan al lector, hasta donde es posible, de aquella falta: la cual, por otra parte, no es muy gra-

ve, si se atiende á que el autor se propone únicamente pintar sus sentimientos ó una pasión del alma. Las heroínas de sus leyendas, como Blanca de Nieve, Rosa del Mar, Consuelo, Fiorella, son niñas enamoradas, pálidas, gentiles, que viven y sueñan con los encantos del amor, ó que sufren ó mueren por las tristezas y dolores que trae la ingratitud.—Estos ensayos dicen bien claramente que el Sr. Othon no carece de una imaginación fecunda: siga escribiendo, medite los desenlaces de esos dramas íntimos del alma, dé mayor colorido y movimiento á sus cuadros, y es seguro que llegará á escribir preciosas leyendas y conmovedores poemas. Los que ahora ofrece al público son bonitos; pero es indudable que llegará á escribirlos mejores. ¿Se desconsolará por esto que yo le digo?—No lo quiero en manera alguna, ántes deseo que en mis palabras, que son sinceras y bien intencionadas, tenga un estímulo para más eficaces y provechosos estudios. Piense, además, que si persevera, y medita, y siente lo que escribe, sus poemas y leyendas podrán llegar á ser el encanto y deleite de los corazones sensibles, como lo son las composiciones de Campoamor que hoy toma de modelo.

Terminaré este prólogo diciendo: que el estilo del Sr. Othon es fácil y florido, ameno, y casi siempre armonioso y brillante; y que si bien en ocasiones carece de imágenes y de giros valientes, no faltan en él, sin embargo, aquella elegancia ni aquella gracia que hacen estimables las obras de este género. Por lo demás, fuerza es manifestar con franqueza que se echan

todavía de ménos en los versos de esta colección la correcta limpieza y los primores de lenguajes que solo pueden ser fruto de la edad ó de un estudio profundo y no interrumpido. Nótese en algunas composiciones frases que no son castizas, cuyo defecto proviene seguramente de la asidua lectura de libros extranjeros; y en otras hay pensamientos que, desarrollados con detenimiento y esmero, pudieron haber dado mayor brillo y magnificencia á las frases con que fueron expresados. Pero es justo hacer observar que tales lunares merecen ser disimulados por los que lean este libro, ya en gracia de la juventud del autor, ya porque desde luego se ve que su imaginación inquieta y fogosa, le lleva más á cuidar de decir lo que siente y piensa, que de la forma que para ello ha de emplear.—Desterrará el Sr. Othon sus defectos de estilo, leyendo y meditando con cuidado los maestros del idioma, los poetas y escritores españoles que supieron unir á una inspiración vigorosa y original, una forma castiza, tersa y elegante.—Y entónces, enriquecidos sus conocimientos y perfeccionado su estilo, llegará á ocupar indudablemente distinguido lugar en la literatura de su patria.

